Sección de Notas

UNA NUEVA HISTORIA DE LAS LETRAS ARGENTINAS

A casi medio siglo del meritorio trabajo de Ricardo Rojas (1917-1922), ponderable y envejecido libro que en su momento representó un avance singular en la historiografía literaria hispanoamericana, otra obra —ésta colectiva— acaba de editarse en Buenos Aires (1), historiando la producción literaria argentina. Mucho tiempo había pasado desde Rojas, y entre ambas empresas debemos contar *Las ideas estéticas en la Literatura Argentina,* de Jorge Max Rohde, cuatro volúmenes, 1921-1926, libro con muchos datos y donde los materiales se agrupan según géneros en esquemas difusos y harto discutibles; la historia de Arturo Giménez Pastor, dos tomos, 1945, hecha con criterio de síntesis y con algunos ensayos utilizables todavía hoy. Luego, debemos contar una serie de intentos y de obras que abarcan campos menores (2).

Bajo la dirección de Rafael Alberto Arrieta y con el pie editorial de Peuser, se ha editado esta nueva *Historia de la Literatura Argentina* que era indispensable, y que representa un esfuerzo meritorio en general y una experiencia útil para otros enfoques y distintos puntos de partida. Arrieta, poeta íntimo, gran estudioso de nuestro pasado literario y bibliófilo enamorado (3), además de conocedor de varias literaturas europeas, dirigió el libro, eligió los colaboradores y distribuyó los materiales, de acuerdo con un doble criterio: el cronológico y el genérico, se-

---

(1) *Historia de la Literatura Argentina,* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, obra colectiva en seis volúmenes, escrita por quince críticos argentinos, que abarca desde la época colonial hasta 1950. Tomo I, Buenos Aires, Peuser, 1958, 434 pp.; tomo II, ídem, 442 pp.; tomo III, ídem, 1959, 489 pp.; tomo IV, ídem, 676 pp.; tomo V, ídem, 469 pp.; tomo VI, ídem, 1960, 489 pp. Todos los volúmenes se hallan profusamente ilustrados con reproducciones facsimilares de originales, portadas y textos; además, numerosas fotografías y láminas de época en colores. El autor de la presente nota informativa ha publicado una extensa y detenida reseña de cada volumen en la *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana:* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cuyo; Mendoza, 1960-1962, números 1, 2 y 3. Acúdase allí para ampliar las observaciones de esta breve nota.

(2) Muchos datos valiosos en Horacio Jorge Becco, «Contribución a la bibliografía de la Literatura Argentina», *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* V época, año IV, núms. 2 y 3, 1959, apartado III.

(3) Algunas de sus obras: *Don Gregorio Beéche y los bibliófilos americanistas de Chile y del Plata,* La Plata, 1935 (fundamental); *El libro de versos en la cultura argentina,* Buenos Aires, 1935; *Estudios en tres literaturas,* Buenos Aires, 1939; *La literatura argentina y sus vínculos con España,* Buenos Aires, 1948, 2.ª edición, 1957.

gún los casos. El volumen I abarca la literatura colonial y llega hasta los denominados «Poetas de la Revolución», rótulo de Juan M. Gutiérrez que se mantiene en la nueva obra. Julio Caillet-Bois ha trazado un cuadro analítico elogiable de las letras coloniales; renueva con observaciones acertadas muchos capítulos apenas estudiados hasta hoy de ese período. Así su análisis de la *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile,* de fray Reginaldo de Lizárraga, con algunas referencias útiles. Lo menos que puede decirse de su extenso capítulo es que, de alguna manera, constituye un verdadero tratado de todo lo aparecido en nuestro país durante ese período, con sólida información bibliográfica y con mirajes renovadores. Destacamos dos autores: Tejeda y Centenera, que restan —sobre todo el último— aclarados en multitud de aspectos hasta hoy poco o jamás analizados. Después de escrito el capítulo de Caillet-Bois, ha aparecido el trabajo definitivo de J. J. Real sobre la paternidad del *Lazarillo... (Anuario de Estudios Americanos,* XIII, Sevilla, 1956); y al capítulo de Lavardén agregaríamos el prólogo de E. Wedovoy a *Nuevo aspecto del comercio en R. de la Plata,* Buenos Aires, 1955, con multitud de datos nuevos sobre la época y la obra de este autor desconocido.

Roberto F. Giusti estudia los poetas neoclásicos revolucionarios, desde Vicente F. López hasta Florencio Varela, y dedica un capítulo a la actividad teatral de la época. Giusti ha pintado la época con evocadora pluma y ha rescatado de alguna manera lo literario del período. Faltan, eso sí, enfoques que problematicen los materiales con miradas nuevas. Así, por ejemplo, la composición de De Luca «Al pueblo de Buenos Aires» no es el antecedente literario de *La Cautiva* echeverriana; ese antecedente está en la composición de Juan C. Varela titulada «En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros, mandada por el Coronel don Federico Rauch», de 1827, donde por primera vez aparecen los indios en malón en nuestra literatura.

El tomo II está dedicado a los proscriptos; así Arrieta estudia la obra de Echeverría en un capítulo evocador, donde el crítico reelabora numerosos trabajos anteriores sobre el asunto, y apunta la importancia de los artículos de Juan Thompson como teoría de una literatura nacional. Después de aparecido el volumen, destacamos el prólogo de Félix Weimberg a *El Salón Literario,* Buenos Aires, 1958, con datos desconocidos sobre la generación del 37. Arrieta, además, ha pintado con paleta evocadora y rica la vida del Montevideo cercado por Rosas, la existencia de los casi desconocidos exilados en Bolivia (Domingo de Oro y Zuviría, por ejemplo) y de la emigración trasandina. Estudia bien la poesía de Mármol, pero *Amalia* resta críticamente intocada. Sobre este período recomendamos ahora Adolfo Prieto, *Proyección del Rosismo en*

la Literatura Argentina, Rosario, 1959, y el número de *Contorno,* septiembre 1955, dedicado a la novela argentina, con puntos de vista renovadores y valiosos. Sáenz Hayes analiza superficialmente a Juan María Gutiérrez y Alberdi, señalando sus obras fundamentales y narrando sus biografías, pero sin destacar los aspectos exclusivamente literarios de sus obras. Para Gutiérrez, véase el número de Homenaje de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* octubre-diciembre 1959, y para el problema de la lengua durante todo el siglo XIX, la obra no citada pero valiosa de A. Herrero Mayor, *Presente y futuro de la Lengua Española en América,* 1943, y el reciente y lúcido artículo de A. Rosemblat, «Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua», *Rev. Univ. de Buenos Aires,* octubre-diciembre 1960. Ezequiel Martínez Estrada ha escrito un capítulo sobre «Sarmiento, escritor», que muestra una vez más su profundidad de ensayista, su calidad de pensador y su poder de síntesis. Analiza el estilo de Sarmiento uniéndole a sus fines políticos y biográficos, a sus intereses intelectuales y a sus fobias y amores. Así ha escrito el más revolucionario de todos los capítulos de esta extensa obra colectiva; léase el apartado dedicado al estilo coloquial, p. 398, y se tendrá una idea de las diferencias y de las novedades que M. Estrada ha sabido ver en un tema al parecer agotado.

El tomo III abarca las letras argentinas desde Caseros hasta el Modernismo. Arrieta historia la poesía entre 1852 y 1870. Vale allí mucho más la reconstrucción de época que los textos citados, hundidos en un justiciero olvido. Caillet-Bois escribe una sobria y bien documentada «Introducción» a la poesía gauchesca, donde caracteriza el género, señala sus temas fundamentales, indica las diferencias entre folklore, poesía popular y poesía gauchesca y anota las características del habla gaucha. Para el origen y la historia de *gaucho,* han aparecido recientemente nuevos trabajos que no deben olvidarse aquí. Así Ricardo Rodríguez Molas, «Antigüedad y significado histórico de la palabra gaucho», *Boletín del Instituto de Historia Argentina «Doctor Ravignani»,* Facultad de Filosofía y Letras, tomo I, núm. 1, Buenos Aires, 1956, con datos anteriores a los de Coni manejados por C. Bois; A. Meyer, *Gaúcho, historia de uma palavra,* Porto Alegre, año 1957; R. A. Laguarda Trías, «El problema etimológico de gaucho», *Revista Nacional,* Montevideo, octubre-diciembre 1959, así como la síntesis con inteligentes injerencias de F. O. Assunçao, *Génesis del tipo gaucho en el Río de la Plata,* Montevideo, 1957. C. Bois además estudia la obra de Ascasubi, y analiza detenidamente su *Santos Vega,* con gran acopio de datos históricos y literarios.

Arrieta resume los más valiosos estudios sobre el *Fausto* de Del

Campo y analiza algunos de sus rasgos, aunque olvida todo lo que el libro debe a la tradición literaria culta.

Angel J. Battistessa ha escrito un capítulo inolvidable, no sólo por las numerosas observaciones de detalle y los elementos históricos que reúne como antecedentes del *Martín Fierro* (4), sino porque ha logrado librarse de peligrosas mitomanías que hasta hoy rodeaban la consideración literaria de la obra de Hernández. Demuestra, por ejemplo, que la obra fué bien recibida por los hombres cultos de la época; que M. Leguizamón es quien inicia su defensa considerándolo como poema representativo de la Argentina y no Lugones, como se sigue repitiendo. Parte de una postura objetiva: ver el texto mismo y ajustarse a lo que él expresa en su desnuda realidad. Así escribe: «Ponderar las razones estéticas que a despecho de la defensa de un ideario, y tomando por base esa misma defensa, lograron que lo que en un principio no era sino un *alegato* —uno más entre los muchos alegatos político-sociales de Hernández periodista y parlamentario— se transfigurase en un *poema,* y aun empezase por implicarlo de deliberada manera.» Sobre este enfoque casi exclusivamente estético, Battistessa dibuja apretadamente la biografía de Hernández y analiza el poema ubicándolo en las ideas artísticas del creador. Así destaca la intención de hacer un retrato del personaje, como fundamental, y apunta algunas posibles vías de análisis estilístico de la obra, completando de esta manera las páginas y las notas incitadoras de su reciente edición del poema (Peuser, 1958). Battistessa, más que un análisis completo, deja señaladas vías de enfoque nuevas, y esperamos de su pluma el estudio total de la obra, que nadie podrá hacer mejor que este crítico, conocedor amplísimo de las letras españolas, traductor insuperado de escritores alemanes, franceses e ingleses, y discípulo de grandes maestros como Vossler y Croce. Tal vez la única observación que podría hacerse a su estudio sea que si la obra puede salir enriquecida de un análisis estético, la total comprensión de muchas de sus páginas sólo podrá ser completa sin dejar de lado el panorama histórico y político que rodeó su aparición y composición. Agréguese ahora A. H. Azeves, *La elaboración literaria del Martín Fierro,* La Plata, 1960, con fundamentales estudios de fuentes.

Arrieta estudia la poesía del 80, destacando seis grandes figuras: Guido y Spano, R. Gutiérrez, Andrade, Obligado, Almafuerte y C. Oyuela. Falta en el enfoque una caracterización amplia de la época, y las figuras elegidas resultan excesivas, dada la calidad relativa de

(4) No se olvide para los antecedentes R. Rodríguez Molas, «La primitiva poesía gauchesca anterior a Bartolomé Hidalgo». *Historia,* núm. 9, Buenos Aires, julio-septiembre de 1957.

muchos de sus libros. Cuatro bastaban para caracterizar la época, y son los únicos con valores permanentes: Guido y Spano, adelantado del modernismo, junto con Almafuerte, son los únicos que interesan justificadamente a la crítica, y esperan todavía análisis detallados y una problemática sólida que destaque sus características peculiares a toda la poesía hispánica de la época. Arrieta da un panorama de los poemas de Guido, pero no intenta ubicar su obra ni comprenderla en sus avances y en sus perspectivas. El único autor estudiado con cierta profundidad es Almafuerte, y Arrieta destruye algunas consejas bastante repetidas sobre las pobrezas de su obra. El juicio sobre Andrade reitera lo ya escrito por Valera y M. Pelayo. Obligado es el poeta mejor analizado por Arrieta, y en ese capítulo publica un valioso material epistolar hasta ahora no usado por nuestra crítica.

El estudio sobre la prosa del 80, debido a Roberto F. Giusti, reitera errores que luego se vuelven repetidos en los tomos dedicados a nuestro siglo: una acumulación asombrosa de libros y de autores, pero una absoluta carencia de andariveles críticos, de coordenadas que organicen un material caótico y que destaquen las aristas netas. La prosa de 1852 a 1900 hubiera necesitado en primer término una puntualización detenida de diversos aspectos históricos, «situacionales», que explican muchas de las notas definitorias de los «escritores fragmentarios», como los denominó Rojas. Por otra parte, Giusti debió organizar los materiales sobre unos nombres mayores: Cambaceres, Groussac, José S. Alvarez, Mansilla, Wilde, Cané. En la prosa se olvida al mejor escritor político de esa época, Guido y Spano. Y ya dentro de los escritores en particular, se debieron analizar las grandes obras del período: *Una excursión a los indios Ranqueles,* de Mansilla; *Sin rumbo,* de Cambaceres; *Aguas abajo,* de Wilde, etc. Anecdotismo, temor a problematizar las obras y los autores, repetición bien hecha de lo conocido, son las notas del capítulo. Una breve historia del realismo y el naturalismo habría sido de gran interés, sobre todo por los caracteres peculiares que asumen en nuestro país y por las polémicas a que dieron lugar. Para la prosa del período, véase ahora M. Lichtblau, *The Argentine Novel in the Ninenteeth Century,* Nueva York, 1959, con numerosa bibliografía y enfoques nuevos. Gran parte de las fallas nacen, claro está, de la distribución por géneros, que fracciona algunos autores en varios capítulos (así con los libros de Groussac, separado en narrador, crítico, historiador, autor dramático; o Mitre, dividido en historiador, crítico, poeta, traductor); o divisiones absurdas como las del tomo II, donde los autores se dividen según estén en el exilio, o después de Caseros... A pesar de la habilidad de Giusti, este apartado de la prosa de 1852 a 1900 lo lleva a acumular diversos escritores con

tendencias francamente opuestas, tales como Manuela Gorriti y Cambaceres; Cané y Calixto Oyuela; Ocantos y Grandmontagne.

Valioso por la enorme cantidad de datos nuevos y los estudios de literatura comparada es el capítulo de Arrieta sobre el Modernismo, 1893-1900, con una pintura colorida de la Buenos Aires finisecular, de la llegada de Darío y de las revistas, obras, lugares, que tuvieron relación con el movimiento. Numerosas confrontaciones europeas, reproducción de los índices de los tres números de la inhallable *Revista de América,* hacen de este capítulo un trozo de útil y jugosa lectura.

En el volumen IV se publica el más pobre y lamentable de todos los estudios de esta historia. Lástima que ese estudio sea el dedicado a uno de nuestros más grandes hombres de letras: Leopoldo Lugones. Subjetivismo, criterios críticos de mediados del siglo XIX, psicologismo mal entendido y un impresionismo permanente son los aspectos más destacados de este trabajo. Véase ahora el libro muy bien hecho y comprensivo de Guillermo Ara, Buenos Aires, 1958, que intenta un panorama completo de la obra lugoniana.

Julio Noé, autor otrora de una inolvidable antología de poetas argentinos, escribe sobre la poesía en la primera mitad del siglo XX. Otra vez los deseos de eludir las iras de los poetas no citados lleva a Noé a igualar casi en un mismo espacio a Martínez Estrada, o Borges, o Mastronardi, con Margarita A. Caprile o J. Fijman. Los adjetivos que caracterizan la obra de cada uno se vuelven así meros rótulos vacíos de sentido; y los elogios carecen de capacidad discriminativa o valorativa. Son demasiados poetas, cuando unos cuantos realmente destacados han puesto a nuestra lírica junto a la más valiosa de lengua española. El lector termina de leer el extenso apartado y no logra una imagen comprensiva, que una a las monografías certeras sobre cada autor la ubicación delineada de su puesto en una historia literaria que tiene sentido propio.

Un panorama de la lírica argentina del siglo XX está por hacerse; a pesar del libro elogiable como reunión de datos y puntos de vista de Juan C. Ghiano, Méjico, 1957, ese panorama no ha sido escrito. Y Noé dibuja un conjunto de notas que serán utilizables mañana para el que intente la vasta tarea. La poesía argentina del siglo XX se origina en el modernismo; dos nombres debe colocarse en sus comienzos: Lugones, en donde están ya apuntados muchos de los caminos que seguirán los vanguardistas de 1925 y de 1950 (y aun los de 1960...), y Carriego, que se adelanta a la corriente «sencillista» cuyo máximo representante será Baldomero Fernández Moreno, pasando a través de un olvidado libro de Manuel Gálvez, *Sendero de humildad,* 1909. Lugones y Carriego influyen en los posteriores. Luego debemos con-

tar a Banchs, los ultraístas (Girondo, González Lanuza, Francisco Luis Bernárdez). En la línea de Carriego, Gálvez, ya citado, el Borges del comienzo, González Tuñón, Olivari y parte de la obra de Bufano. Luego, únicos, personalísimos, Martínez Estrada, Mastronardi, Marechal, Molinari, Borges, Marasso. Después debemos contar los poetas de la generación del 40 y los grupos que se auto-titulan de vanguardia, agrupados en *Poesía Buenos Aires*. Aparte de éstos, los poetas de los últimos diez años, que han hecho ya una obra significativa. Véase O. Kovacci, «Tres notas sobre poesía argentina contemporánea», *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana,* Facultad de Filosofía *y Letras*, U. N. de Cuyo, Mendoza, 1962, núm. 3, con un panorama sobre la poesía argentina 1940-1960. Dos poetisas importantes ha tenido la Argentina este siglo: Alfonsina Storni y Silvina Ocampo. Véase H. Percas, *La poesía femenina argentina,* Madrid, 1958.

Carmelo Melitón Bonet estudia la novela durante este medio siglo. Tampoco aquí existen precedentes utilizables; hasta en muchos casos carecemos de las monografías sustanciales que permitan un estudio de conjunto. Pero Bonet parte de una idea que falsea toda posibilidad de comprender el material a estudiar. Sobre la base de lo que el crítico llama «geografía estética» (?), ha dividido la novela argentina de 1900 a 1950, para «que muestre la vida en la pampa, en la zona de los grandes ríos, en la selva norteña, en la montaña andina, en la serranía cordobesa y en Buenos Aires, la urbe tentacular... Vamos a seguir ese itinerario..., comenzaremos por los novelistas de la pampa para terminar la gira con los de Buenos Aires. Agregaremos unas apuntaciones sobre la proyección de Europa en la novela argentina... y sobre los novelistas «accidentales»: médicos, poetas, profesores... que han escrito esporádicamente alguna novela. Finalmente, presentaremos, en forma de medallones, a novelistas de obra copiosa y que rebasan, por la variedad de ambientes que reflejan, el esquema antes trazado», p. 134. Lo grave de esta triple división, en definitiva, es que hace imposible evitar el fraccionamiento de los autores y da de sus obras una imagen absolutamente deformada. Bonet no ha intentado, en ningún caso, el uso de un esquema crítico rígido, único, idéntico para todos los autores estudiados. Así ocurre con Güiraldes, el primer novelistas que aparece al tratarse la pampa; Bonet se ve obligado a citar *Xaimaca,* por ejemplo, que no trata precisamente de la llanura bonaerense y pampeana. Lo mismo con la segunda parte de *Raucho,* que ocurre en París... Para que se tenga una idea de la agudeza crítica de Bonet, léase lo que dice de *Don Segundo Sombra:* «La novela resultó, por ser *realista,* un documento social y psicológico. Dirá a las generaciones futuras cómo eran, a principios de este siglo, la pampa

y su morador. Lo imaginado apenas cuenta», p. 135. Los novelistas de obra importante han sido tratados por Bonet de manera cronológica, así Payró, Larreta, Manuel Gálvez, Hugo Wast, Mallea; pero capítulo aparte merecían también Güiraldes, Dickmann, Mujica Láinez, Arlt, Lynch. Bonet describe las novelas, narra su argumento, y rodea de formas orales sus observaciones que siempre parecen los comentarios de un libro de divulgación más que de un tratado literario. En general, a excepción de lo señalado en las notas, la casi mayoría de los libros citados carecen de las indicaciones bibliográficas mínimas, lugar y fecha de edición, por ejemplo.

Luis Emilio Soto enfrentó probablemente el trabajo más arduo de todo este gran esfuerzo colectivo, y lo ha realizado con seriedad y con responsabilidad. Su historia del cuento en la primera mitad del siglo xx merece elogiarse porque es el primer intento orgánico de ordenar una materia vastísima y poco conocida. En segundo término, su conocimiento casi exhaustivo sobre tan enorme material le ha permitido moverse en él con seguridad y con claridad de miras. Su juicio es siempre medido y frecuentemente certero. Soto aporta además innumerables detalles históricos, algunos desconocidos; así, el primer concurso público de cuentos, que fué organizado en 1901 por *El País*, y ganaron Giménez Pastor y Miguel Cione. De esa manera se ve cómo la historia del género en nuestro país está unida a todo un momento de la vida periodística argentina, especialmente a la época de oro de la revista *Caras y Caretas*. Materiales y bibliografía bastante amplia en la reciente y bien hecha antología de H. J. Becco, *Cuentistas argentinos*, Ediciones del Ministerio de Educación, Buenos Aires, año 1961.

Un capítulo que reúne muchos datos, aunque tratados con criterio polémico pero personal, es el dedicado a la crítica en la Argentina, escrito por Roberto F. Giusti; el apartado puede ser muy bien punto de partida para una historia de la crítica argentina del siglo xx. Lo mismo puede decirse de su panorama del teatro, mechado de referencias coetáneas, de datos peregrinos que una larga vida de alerta contemplador de nuestra realidad, ha permitido conocer y utilizar con justeza. Es innegable, sin embargo, que la historia del teatro argentino del presente siglo está por hacerse, y la obra de Giusti es una crónica, más que el ordenado panorama histórico que esperamos. Véase como síntesis general y contemporánea el documentado artículo de Raúl H. Castagnino, que historia el teatro argentino durante la década 1950-1960, en *Ficción*, núm. 24-25, Buenos Aires, marzo-junio 1960.

Remata el volumen IV un capítulo sobre «La poesía argentina de vanguardia», debido a César Fernández Moreno, el cual de alguna

manera es una síntesis esquemática de la poesía argentina, desde el *Lunario* de Lugones hasta los llamados «invencionistas», que se agrupan en la revista *Poesía Buenos Aires.* No alcanzamos a comprender del todo el sentido del capítulo; tal vez ello sólo se explique por la atracción que el término *vanguardia* todavía produce en muchos de nuestros poetas y críticos de poesía, aunque reiteren experimentos surrealistas que en Europa ya nadie recuerda. Véanse más datos sobre las últimas promociones en *Primera Reunión de Arte Contemporáneo. 1957,* Universidad del Litoral, Santa Fe, 1958 (con antología de poetas); *Antología de la poesía madí,* Buenos Aires, 1955; R. F. Giusti, «Ciento cincuenta años de poesía», *Comentario,* núm. 25, Buenos Aires, año 1960; J. C. Ghiano e Ismael Viñas, «La generación argentina de 1945», *Comentario,* núm. 18, Buenos Aires, 1958; I. Viñas, «Esquema para la actual literatura argentina», *Revista del Mar Dulce,* núm. 9, Buenos Aires, 1959; J. C. Portantiero, «La joven generación literaria», *Cuadernos de Cultura,* núm. 35; H. J. Becco, «Evolución y tendencias de la poesía argentina actual (1950-1960)», *Ficción,* núms. 24-25.

El tomo V está ocupado por dos trabajos: el primero, extenso, abarcador, exhaustivo, se debe a uno de los más grandes especialistas argentinos en el tema, Augusto Raúl Cortázar, quien escribe sobre *Folklore literario y literatura folklórica.* El segundo es un breve ensayo de Luis L. Franco: *Guillermo E. Hudson, escritor argentino de lengua inglesa.* Cortázar, bien conocido por su vasta obra anterior, después de una exacta determinación significativa y metodológica sobre las diferencias entre folklore literario y literatura folklórica, realiza un detallado análisis de la totalidad de los materiales que componen el folklore literario (desde la poesía tradicional hasta las formas narrativas). Luego de una científica y detallada introducción, Cortázar delimita las regiones argentinas en las cuales la literatura folklórica aparece, señalando diversos ámbitos o zonas (jujeño, noroéstico, cuyano, patagónico, pampeano, litoralense, de la selva, central). Cortázar, manejando una suma incontable de textos documentales, escribe una verdadera y acabada descripción del mundo folklórico argentino, usando siempre los textos literarios como reflejos del ámbito cultural de cada una de las regiones señaladas. Pero no sólo ha trabajado con criterio de antropólogo, de expositor de costumbres y formas de vida; también deben destacarse las finas inferencias, los comentarios de verdadero crítico literario que con frecuencia enriquecen y destacan los textos. Cortázar, como bien lo prueban sus preocupaciones de bibliotecólogo y bibliógrafo, ha enriquecido su contribución con un extenso e insuperable apéndice bibliográfico sobre el tema, que será de indudable utilidad al profano y al especialista. Ultimamente han

aparecido en la especialidad obras fundamentales. Así, Olga Fernández Latour, *Cantares históricos de la tradición argentina,* Buenos Aires, año 1960; Susana Chertudi, *Cuentos folklóricos de la Argentina; primera serie,* ídem; el volumen I de los *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas,* ídem, y Julián Cáceres Freyre, *Diccionario de regionalismos de la provincia de La Rioja,* Buenos Aires, año 1961. Todos los volúmenes han sido editados por el Instituto que auspicia los *Cuadernos* citados en tercer término.

El breve ensayo de Luis Franco sobre Hudson no se justifica en una historia de las letras argentinas; sencillamente, porque Hudson escribió en inglés, y la lengua es el supuesto básico para la nacionalidad de una obra literaria.

El último y VI volumen se inicia con un panorama de la historiografía, debido a Ricardo Caillet-Bois. Aquí sería conveniente la ya antigua discusión sobre si la historia participa o no de la literatura. Hoy se piensa que la historia no pertenece a las otrora llamadas bellas letras. En cualquier caso, después de la insuperada obra de Carbia, el capítulo de Caillet-Bois, de alguna manera da una información panorámica sobre esa producción en nuestro país, desde 1810 hasta el presente. Recordables son los ensayos particulares que Caillet-Bois dedica a los grandes historiadores del siglo XIX y del XX: Saldías, Quesada, Ramos Mejía, Zinny, Trelles, Groussac, Fregeiro, etc., donde con frecuencia asoma la nota polémica (sobre todo frente a los historiadores revisionistas y rosistas). Razones de espacio obligan a que las figuras más recientes se mencionen dentro de una larga lista de obras y autores, ordenados de modo temático. En cualquier caso, no se ha destacado suficientemente la labor de ciertos historiadores, como Torre Revello, por ejemplo, que aparecen dentro de una enumeración acumulativa.

En *Cancioneros patrióticos y antologías poéticas,* Arrieta pasa revista a las principales colecciones que, aparecidas en la Argentina o en América, permiten tener una imagen de la poesía argentina y de su desenvolvimiento. Valiosos resultan diversos detalles documentales que aclaran definitivamente ciertos aspectos relacionados con la edición de la *Lira argentina,* hasta hoy desconocidos, y publicados por Arrieta. En la segunda parte, Arrieta enumera y analiza la *América poética,* de Gutiérrez, así como otros diversos ensayos de antologías hispanoamericanas, realizadas en América y Europa. Por fin, en la última parte de su valiosa contribución, Arrieta pasa revista a las antologías líricas publicadas en nuestro país y referidas a su literatura.

El siguiente trabajo, también debido al director de esta importante obra, trata de *La traducción poética;* dividida en dos épocas, 1820-1900 y 1900-1950, Arrieta muestra cuán grande e importante ha sido la labor de verter al español poemas de las más dispares lenguas, realizada por escritores y poetas argentinos durante un siglo y medio. Y más si se piensa que Arrieta se limita a enumerar las traducciones de libros, y apenas si da un ejemplo sobre la base de la revista *Nosotros,* acerca de versiones parciales o de composiciones únicas vertidas en publicaciones periódicas. El conocido crítico intenta por vez primera una labor de conjunto sobre todo este sector de las letras, casi inadvertido por la mayoría de los historiadores.

Cierra la obra que analizamos una importante y extensa colaboración de Domingo Buonocuore, especialista reconocido, sobre *El libro y los bibliógrafos.* Los temas tratados son: el libro en la época colonial (donde Buonocuore adopta una posición media entre quienes afirman, como T. Revello o Furlong, que el libro circulaba sin trabas por el territorio colonial, y aquellos que niegan terminantemente ese hecho); el libro y la revolución de mayo; la organización nacional y la edad de oro del libro argentino; las últimas etapas del proceso bibliográfico. Buonocuore apunta una verdadera historia del libro, las librerías y los bibliófilos en nuestro país, con jugosas referencias a las grandes bibliotecas particulares y nacionales, y a las venerables figuras de hombres como Casavalle, Gutiérrez, Mitre, Rosso, etc., cuya labor está tan unida a la vida literaria argentina. El tomo se completa con un índice analítico de las obras y autores estudiados y citados en los seis volúmenes de esta historia.—Rodolfo A. Borello.

INDICE DE EXPOSICIONES

La obra de dos místicos: Cristino de Vera y Pablo Serrano

El resumen que hemos escogido, siguiendo la cronología entre la baraúnda de exposiciones, se ofrece pródigo en bondades, cosa, como es lógico, poco frecuente, ya que es viejo adagio saber que la cantidad va en menoscabo de la calidad.

Sea el primero en el recuento el nombre de uno de los pintores actuales más honrados, serios y sensibles con los que contamos: Cris-